

**P**REGÓN  
DE LA  
**S**EMANA **S**ANTA  
De Mancha Real  
2009

Francisco Javier Delgado Patón

*Dijo una voz popular:  
¿Quién me presta una escalera  
para subir al madero  
para quitarle los clavos  
a Jesús el Nazareno?*

*Oh, la saeta, el cantar  
al Cristo de los gitanos  
siempre con sangre en las manos,  
siempre por desenclavar.*

*Cantar del pueblo andaluz  
que todas las primaveras  
anda pidiendo escaleras  
para subir a la cruz.*

*Cantar de la tierra mía  
que echa flores  
al Jesús de la agonía  
y es la fe de mis mayores.*

*¡Oh, no eres tú mi cantar  
no puedo cantar, ni quiero  
a este Jesús del madero  
sino al que anduvo en la mar!*

*He aquí que prosperará mi Siervo,  
será enaltecido, levantado  
y ensalzado sobremanera.  
Así como se asombraron de él muchos  
-pues tan desfigurado tenía el aspecto  
que no parecía hombre,  
ni su apariencia era humana-  
otro tanto se admirarán mucha naciones;  
ante él cerrarán los reyes la boca,  
pues lo que nunca se les contó verán,  
y lo que nunca oyeron reconocerán.*

*Is 52,13-15*

**E**l once de marzo, miércoles de la

segunda semana de Cuaresma, en el quinto aniversario del atentado en Madrid por la noche, me puse a escribir el prólogo del Pregón. Pensé: “tiene que ser una Palabra del Señor, no mía”. Escuchando la Saeta que Serrat puso música a ese bello poeta de Antonio Machado tomé el texto del profeta Isaías. Me emocioné, porque fue el mismo texto que cinco años atrás rezaba por las víctimas de ese horrible y cruento atentado. Esta cita y este hecho confirmaban el estilo del pregón que había concebido. Algo para mí tan importante como el contenido mismo. Y es que vengo aquí en este sábado quinto de Cuaresma consciente de la misión que se me ha encomendado, sobre todo por sentirme enviado por el Señor.

He querido comenzar cantado la Saeta de Antonio Machado porque quiero cantar a ese Cristo vivo, presente aquí y ahora, sin olvidar que antes de su gloriosa resurrección pasó por la pasión.

Pregonar la Semana Santa es decir en voz alta que gracias a la Cruz, al sufrimiento, a la entrega generosa de Cristo hoy estamos salvados. Por eso hoy quiero quitarte los clavos, quiero bajarte de esa cruz y pregonar a voz en grito que mí cantar es un cantar de gozo, un canto a la vida, una vida que solo se entenderá gracias a tu generoso y libre ofrecimiento. Tu muerte da vida. Tu vida da esperanza. Tu esperanza da certeza de tu amor por la humanidad. En el plan de Dios cada uno de nosotros somos una pieza imprescindible. Desde que fui designado me he preguntado ¿qué quieres tú Señor que sea este Pregón? Dios ha puesto en mí su Espíritu para que este pregón sea un anuncio de su salvación. Vengo a proclamar consuelo y esperanza en un momento de la historia complicado, a veces desilusionado. Vengo a decir a este querido pueblo de Mancha Real que tu entrega tuvo, tiene y tendrá sentido. Un sentido ilusionante, un sentido para muchos absurdo, para otros escandaloso para nosotros gracia y sabiduría. Y quiero hacerlo así porque la Salvación no se proclama dando palos y porque este fue el estilo del Maestro de Galilea.

Quiero dedicar este Pregón a mi Abuelo Miguel que me enseñó ver a Cristo en la cruz, callado, sufriente, pero a la vez victorioso. En su enfermedad descubrí el valor que tenía la Redención de Cristo y cómo el sufrimiento de Nuestro Señor ha tenido sentido. *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no da fruto.* (Jn 12, 23-28). En la cabecera de su cama presidía la imagen de Nuestro Padre Jesús “El abuelo”. Y como cada Viernes Santo me emocionaba y lloraba como un chiquillo cuando escuchaba a la Banda Municipal tocar la Marcha de Jesús de Cebrián y al ver pasar la imagen del “Abuelo” pedía porque su sufrimiento tuviese sentido. Va por ti abuelo. Estoy seguro que te sientes orgulloso de mí. Intercede por mí como tantas veces lo haces para que cumpla esta misión como es debido.

A ti abuelo que vives en mi recuerdo

A ti que tantas veces me enseñaste  
que el sufrimiento es signo de amor.

Sr. Arcipreste y Consiliario de la Unión local de Cofradías y Hermandades.

Ilma. Sra. Alcaldesa Presidenta del Excmo. Ayuntamiento.

Sres. Presidentes de las de Cofradías, Hermandades y Grupos parroquiales de Mancha Real.

Dignísimas autoridades.

Querida comunidad de La Encarnación

Cofrades, y familiares y amigos, mancharrealeños todos.

**D**ar las gracias, muy sinceramente, al anterior

pregonero D. Juan José Frías Mora por esa presentación no merecida por mi parte. Gracias sinceramente por querer reflejar en esas bellas palabras, algunas incluso exageradas, mi andadura como creyente, como sacerdote, como hijo de Dios. Como se dice vulgarmente y perdonar la expresión mucho arroz para tan poco pollo. También agradecer a mis padres y hermanos que me acompañen en este pregón, que como decía al principio y disculpad la osadía va dedicado a un hombre que me hizo entender desde la aceptación silenciosa, pero siempre con una sonrisa en sus labios, el sentido del dolor y el sufrimiento como lo vivió el mismo Señor. Mi abuelo Miguel. Y cómo no, a tantas caras amigas que han querido acompañarme. Me dejo para lo último a mi nueva familia, si, vosotros, hermanas y hermanos que componéis esta nuestra querida comunidad de La Encarnación.

## I PARALELISMO ENTRE EL PROFETA ISAIAS Y S. LUCAS

**C**omo decía en el prologo del pregón

quisiera hacer más hoy las palabras del Profeta Isaías en ese cuarto canto del siervo comparándolo con el evangelista Lucas. Un paralelismo que irá desgranando cómo el siervo que propone el segundo Isaías es el Jesús que describe Lucas:

53,1	<p>¿Quién dio crédito a nuestra noticia? Y el brazo de Yahveh ¿a quién se le reveló?</p> <p><i>La noticia resulta imposible de creer para los que la reciben.</i></p>	24,9-11	<p>Regresando del sepulcro, anunciaron todas estas cosas a los Once y a todos los demás. Las que decían estas cosas a los apóstoles eran María Magdalena, Juana y María la de Santiago y las demás que estaban con ellas. Pero todas estas palabras les parecían como desatinos y no les</p>
------	---	---------	--

			<p>creían.</p> <p><i>Los apóstoles no creen a las mujeres que Cristo resucitó.</i></p>
53,2	<p>Creció como un retoño delante de él, como raíz de tierra árida. No tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar.</p> <p><i>El siervo no tiene apariencia ni presencia.</i></p>	22,63-65	<p>Los hombres que le tenían preso se burlaban de él y le golpeaban; y cubriéndole con un velo le preguntaban:</p> <p>«¡Adivina! ¿Quién es el que te ha pegado?» Y le insultaban diciéndole otras muchas cosas.</p> <p><i>Los soldados se burlan de Cristo y lo golpean.</i></p>
53,3	<p>Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta.</p> <p><i>El siervo resulta despreciable y no tomado</i></p>	23,18.21.23	<p>Toda la muchedumbre se puso a gritar a una:</p> <p>«¡Fuera ése, suéltanos a Barrabás!»,... pero ellos seguían gritando:</p> <p>«¡Crucifícale, crucifícale!» ...Pero ellos insistían pidiendo a grandes voces que fuera crucificado y sus gritos</p>



	<p><i>en cuenta, desecho de hombres, varón de dolores.</i></p>		<p>eran cada vez más fuertes.</p> <p><i>Piden la muerte para Cristo despreciándolo, y reclamando en cambio la libertad de un asesino.</i></p>
53, 4-5	<p>¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado.</p> <p><i>Eran nuestras dolencias las que el siervo cargaba.</i></p>	23,34a	<p>Jesús decía: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.»</p> <p><i>Se descubre una actitud de no rechazar los pecados (dolencias) de la humanidad.</i></p>
53,5	<p>Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados.</p> <p><i>Con el castigo que soporta</i></p>	24,52	<p>Ellos (los apóstoles), después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén con gran gozo.</p> <p><i>El sufrimiento produce gran alegría.</i></p>

	<i>nos trae la paz.</i>		
53,6	<p>Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y Yahveh descargó sobre él la culpa de todos nosotros.</p> <p><i>Como ovejas erramos.</i></p>	24,13.21	<p>Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén. «Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó.»</p> <p><i>Los discípulos que regresan a Emaús andan como ovejas errantes.</i></p>
53,7	<p>Fue oprimido, y Él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca.</p> <p><i>Fue oprimido y Él se humilló, como cordero.</i></p>	23,9.11	<p>(Herodes) Le preguntó con mucha palabrería, pero él no respondió nada. Pero Herodes, con su guardia, después de despreciarle y burlarse de él, le puso un espléndido vestido y le remitió a Pilato.</p> <p><i>Herodes lo viste como</i></p>

			<i>"rey". Jesús sufre la humillación en silencio total.</i>
53,8	Tras arresto y juicio fue arrebatado, y de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa? Fue arrancado de la tierra de los vivos; por las rebeldías de su pueblo ha sido herido;  <i>Arresto y juicio son anunciados.</i>	23,10	Estaban allí los sacerdotes y los escribas acusándolo con insistencia.  <i>Cristo es acusado.</i>
35,9	y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba, por más que no hizo atropello ni hubo engaño en su boca.  <i>Sepultura entre malvados y tumba entre ricos.</i>	23,33.50-51a.53	Llegados al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda.  Había un hombre llamado José, miembro del Consejo, hombre bueno y justo, que no había asentido al parecer de los demás. Y

			<p>después de descolgarle, le envolvió en una sábana y le puso en un sepulcro excavado en la roca en el que nadie había sido puesto todavía.</p> <p><i>Crucificado entre malhechores. José de Arimatea proporciona su sepulcro.</i></p>
53,10	<p>Mas plugo a Yahveh quebrantarle con dolencias. Si se da a sí mismo en expiación, verá descendencia, alargará sus días, y lo que plazca a Yahveh se cumplirá por su mano.</p> <p><i>Si se da en sacrificio, dará vida.</i></p>	22,42-43	<p>Y decía: Jesús, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino. Jesús le dijo: Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso.</p> <p><i>La muerte de Cristo da la vida.</i></p>
53,11	<p>Por las fatigas de su alma, verá luz, se saciará. Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos y las</p>	24,47-48	<p>Y se predicará en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las</p>

	<p>culpas de ellos él soportará.</p> <p><i>Justificará a muchos.</i></p>		<p>naciones, empezando desde Jerusalén.</p> <p>Vosotros sois testigos de estas cosas.</p> <p><i>Por el anuncio de Cristo muerto y resucitado, se salvará (justificará) la humanidad.</i></p>
53,12	<p>Por eso le daré su parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos, ya que indefenso, se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes.</p> <p><i>Llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes.</i></p>	23,34a	<p>Jesús decía: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.»</p> <p><i>Aun soportando los dolores de la cruz, Jesús intercede por sus verdugos y por los que lo condenaron.</i></p>

## II VIVENCIAS DEL PASADO

**H**echo el paralelismo entre el Profeta

Isaías y el evangelista Lucas me viene a mi memoria esos recuerdos vividos desde la infancia al comenzar la Semana Mayor del cristianismo.

Mis vivencias de la Semana Santa son como las de cualquiera, seguro que siendo niños esperábamos con expectante alegría poder celebrar el Domingo de Ramos, primero por saber que estrenábamos algo nuevo, ya se sabe “Domingo de Ramos si no estrenas algo se te caerán las manos”. Recuerdo que solo el hecho de estrenar unos calcetines ya era motivo de gozo y muy temprano me vestía del traje de estatutos de la cofradía de la “mulica” como tradicionalmente se conocía en Jaén. Cofradía que estaba ligada a mi familia por medio de mi tío Miguel “el de los chinchines” que tocaba en la banda municipal y que sus hijos año tras año salían y pasaba de primos más mayores a los pequeños de la familia, primero mi hermano Remi, después yo. Traje de estatutos blanco con botonadura azul y caperuz a juego que el día anterior ya estaba bien planchado y puesto en la barra de las cortinas para que no se arrugase. Salía temprano hacia el barrio de Belén a recoger la palma con la papeleta en la mano y con el nerviosismo habitual de un niño de 10-11 años que iba a salir por primera vez de nazareno, algo que no sabía explicar pero que supondrá ya de mayor la “llamá” como se conoce en Jaén para iniciar la semana grande. Una “llamá” que comprendería con el tiempo que fue la misma que me hizo ese Jesús montado en su borrica entrando victorioso en Jerusalén para ser uno más de sus discípulos acompañándolo por el camino que días después pasaría con la cruz.

Puestos en fila aun me parece oír la voz de los fiscales pidiéndonos orden y organizando las filas para que ese acompañar a la mulica no fuese solo un desfile sino una verdadera estación de penitencia, un acompañar a Cristo hacia su entrega.

No puedo olvidar ni quiero esos años tan bellos que pasé cada Domingo de Ramos en la casa de hermandad de la cofradía de la

Estrella, junto al convento de las dominicas, cuando dando las 5 de la tarde ese Cristo de la Piedad hacía su primera levánta, y yo guitarra en mano empezaba a cantarle el “Te amo” con mi gran amigo Alfonso que años posteriores tomaría el relevo de hacerlo; o al ver salir a la Madre, que como Estrella de la mañana iluminaba las tardes de un Domingo de Ramos más y poder mirarle a la cara para decirle cantando eso de:

*Virgen de amor, ven junto a mí  
que yo sin tí, no se vivir.  
Oye, mi bien, mi dulce encanto,  
y escucha el llanto de mi sufrir.*

*Si supieras el amor que tengo  
dentro de mi alma que no puedo  
hallar un momento de calma  
que alivie en mi pecho este gran dolor*

*Pues tu vives en mi mente  
cuan imagen adorada  
eres la mística flor más delicada  
por la cual suspiro con ardiente amor.*

*Eres alma de mi alma buena  
que alivia mis penas  
y con gran empeño quiero que este sueño  
sea el sueño eterno de mi corazón*

*Eres fuente inagotable  
que alimenta mi cariño  
con la ingenuidad que un niño  
yo confío en tí como si fuera en Dios.*

Canción que escuchaba cada Lunes Santo a las puertas de la parroquia de la Merced cantada por la tuna a la Virgen de las Lágrimas y que era mi súplica hacia la Estrella luminosa de Jaén.

O las tardes del Martes Santo en ese Barrio de la Magdalena al ver ese Cristo de la Clemencia por su barrio moro, que se postraba a los pies de la Virgen gitana.

Subir a la catedral para en la plaza Sta. María ver como el Cristo de la Buena Muerte con la Virgen de las Angustias se alzaban hacia la luna en las noches de primavera de un Jaén cofrade.

Recuerdos de un ayer que pasó pero que aún sigue vivo en mi memoria. Yo no era un capillita como en el argot cofradiero se suele decir pero si me gustaba no perderme ni una procesión viendo sus salidas y entradas. La manera de dar culto a la imagen de un Dios encarnado en hombre sufriente o de la valentía, dolor y fe de una mujer que aun en su dolor acompañaba en su Pasión a su hijo. Todo esto fue forjando en mi interior un querer seguir a este Maestro de una manera distinta, nueva para mí con una forma de entrega total.

Y como olvidar cada Viernes Santo. No puedo dejar pasar esas madrugadas en las que aún siendo un adolescente salía a “alumbrar” al Abuelo. Con 13 años era una noche de aventura y mágica, primero porque podía estar tarde seguramente en la calle, pero había una llamada interior que pedía fuertemente que no podía dejarlo sólo. Que la luz de mi vela al menos algo calmaría el peso que llevaba sobre sus hombros por mí. O después de la Hora Santa de la parroquia y la película Jesús de Nazaret que cada Semana Santa veíamos el grupo de jóvenes en el convento de las Siervas de los pobres haciendo hora para subir a ver salir a Jesús, al Abuelo.

Una devoción familiar, que cada Viernes Santo me reúno con los míos para verlo pasar. No hay Viernes Santo, como buen jaenero, que no vaya a ver a ese Cristo con la cruz a cuestas que lleva el dolor de todo un pueblo a sus hombros. Esa imagen que evoca ternura, dolor, suplica, ayuda, consuelo, entrega...

Como una sevillana que la adaptamos el grupo de coros y danzas al que pertenecía con mi profesora M<sup>a</sup> José.

*Silencio, silencio.  
Cuatro de la madrugada  
la noche queda y callada  
y el chirriar de un portalón  
lo abre, silencio ya sale.  
Capirotos espigaos  
de color negro enlutaos*



*cruzarán por la ciudad  
que espera, silencio ya llega.  
Ya viene Jesús,  
llevando su cruz,  
que mira hacia el cielo,  
silencio, silencio,  
Jesús el Abuelo.*

Un silencio que se va haciendo canción, melodía de una marcha que marcará toda una experiencia espiritual. Sólo el sonido de las primeras notas de la marcha del maestro Cebrián hacen que el alma y el cuerpo sean testigos de una emoción casi inexplicable de belleza estética y musical pero ante todo de contemplación del misterio salvador de Cristo. Escuchad conmigo esa marcha. Dejaos impregnar por un Señor de la historia que sale al encuentro de su gente, de su pueblo, para cargar de nuevo con el sufrimiento y dolor de todos aquellos, creyentes y no creyentes. Un Dios que no hace distinción, que busca mirar a la cara a toda mujer y hombre para aliviar sus sufrimientos. Son solo unos instantes, pero al verle pasar, ves cómo cruza su mirada con la tuya y al son de la marcha vas haciendo súplica, oración, diálogo con Aquel que sabe, entiende, ama y se entrega; escachadla conmigo...

*Siento en mi interior  
el toque de esta marcha  
como si de un anuncio se tratase,  
es el anuncio de tu entrega generosa,  
de tu paso cayado,  
de tu carga ligera,  
de tu yugo llevadero.*

*Quiero sentir contigo,  
mi buen Jesús,  
el peso por las culpas de este pueblo.  
Quiero ser contigo hoy el Cireneo  
que ayude a llevar el dolor  
y tormento de esta humanidad.*

*Quiero balancear tu paso  
por el alma de aquellos  
que esperan una respuesta  
a su sufrimiento.*

*Viéndote pasar por nuestras calles  
veo como tu pueblo te reza.  
Te pide, te implora,  
para que hoy, más que nunca,  
cargues con sus cruces.*

*Aquella madre desolada  
por la pérdida de su hija muerta  
a manos de un asesino.  
Aquel padre que pide  
por la pronta recuperación  
de su hijo abatido por la enfermedad.  
Aquel joven que busca desesperadamente  
poder cumplir su sueño de trabajar.*

*Permitidme que ahora haga yo mi oración, mi suplica, mi encuentro personal.*

*Mi mirada se cruza con la tuya,  
tus ojos se clavan en los míos,  
y sabes lo que te dicen,  
no hacen falta palabras,  
sabes lo que llevo dentro.*

*Quisiera descargarte  
de ese peso  
te veo cansado y en cambio  
tú me das a mi aliento,  
fuerzas para seguir cargando  
con mis cruces, y me dices:  
ahora te toca a ti cargar  
con las cruces de mi pueblo  
pueblo que te he encomendado,  
pueblo que sigue sufriendo.*

*Y dejando atrás mis pesares  
siento tu mano en mi pecho.*

*Carga Javier, hazme el relevo  
Lleva mi cruz y mi amor  
hasta el extremo.*

*Ahora si, Señor, ahora tengo fuerzas  
para seguir caminando,  
para seguir llevando tu consuelo,  
para cargar sobre mis hombros  
el pesar de nuestro pueblo.*

Son las vivencias del pasado que siguen resonando hoy dentro de mi ser creyente, mi ser cristiano, mi ser cristiano cura como diría un amigo mío.

### III MI SER SACERDOTE

**D**e ese ser cristiano cura quiero ahora hacer pregón y disculpadme si, como se suele decir, barro para casa. Si algo descubrí en mi tiempo de formación en el Seminario Diocesano de la Inmaculada y S. Eufrasio de Jaén, eso fue ver y vivir de otra manera distinta esa Semana Mayor. No era consciente del sentido y significado verdaderos de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor hasta vivirla desde el silencio y la oración profunda. Ya nos decían que aprovechásemos estos años de formación, que luego el trasiego de las parroquias nos iban a quitar mucho tiempo de contemplación y oración pausada. Al estar acostumbrado en mi parroquia a realizar todos los preparativos para la Semana Santa en el coro o en la liturgia, como que eso era lo más importante, o poder salir a ver procesiones, ya pensaba que vivía cristianamente la Semana mayor. Y qué gran error. Cuando empecé a descubrir la profundidad de la entrega de Cristo por mí y por la humanidad fue en la contemplación y la oración. Debo dar las gracias a ese Seminario que me ayudó a dar el verdadero sentido a vivir de lleno la Semana Santa. No quiero decir con esto que, fuera de él, no se viviese, sino que puso los cimientos en mi vida para luego al ser sacerdote volver a esas fuentes donde beber del agua que salva, al igual que Cristo dio a beber a la samaritana.

Una vez ordenado sacerdote, en mi primer destino, la Parroquia de La Encarnación de Bailén, me propuse algo que en mi formación sacerdotal, y gracias a mi rector de entonces, D. Manuel Ruiz Carrero, me caló profundamente. Al estudiar el directorio sobre Religiosidad Popular nos decía D. Manuel la importancia y el deber de un buen sacerdote, estar al lado de las hermandades y cofradías de nuestras parroquias. Nos exigía que no abandonásemos ese campo pastoral, que para que las cofradías fuesen unas auténticas asociaciones públicas de la Iglesia, debían sentirse apoyadas por los pastores, hacerlas crecer en el misterio que celebraban y acompañarlas en todo. “No dejéis que vayan solas como una manifestación cultural más, hacer de ellas un signo visible de la Iglesia en la calle, ya que son catequesis bellísimas de la entrega que el Señor Jesús hizo por su pueblo.”

Y esa fue mi tarea desde entonces, hacer que las cofradías y hermandades trabajen al unísono con los Pastores a ellas encomendados.

Como decía en Bailén trabajé por la dignificación de una Semana Santa auténtica entre el culto y las procesiones. Acompañé hasta el cansancio extremo a las hermandades que ponían sus pasos en la calle, tanto es así, que me cambiaba de capa por la calle para dejar a una y salir con la otra. Unos años intensos ya que como vicario parroquial y al estar mi compañero y párroco enfermo a mí me tocó la tarea de acompañarlas en todo.

Mi primer contacto directo con las cofradías como sacerdote fue esa. No puedo dejar de comentar que el trabajo fue áspero y arduo, e incluso a veces decepcionante. Ya que pensaban que los curas queríamos entrometernos en sus cofradías, de todo hay, como en botica. Pero debo decir que para mi experiencia sacerdotal fue un estímulo por trabajar más de cerca con ellas.

Tanto fue así que en mi siguiente destino el Señor me tenía preparado estar muy cerca de las hermandades de Andújar. Siendo párroco de Santiago Apóstol o de Las Lagunillas como se la conoce en Andújar, viví una manera nueva mi sacerdocio, desde el ocultamiento, la humildad y sencillez. De nuevo pude sentir muy de cerca la cruz de Cristo, sobre todo en su soledad, ya que esa parroquia era solo de fines de semana y durante seis meses celebraba diariamente la misa solo. Fue un momento duro de mi vida sacerdotal, pero a la vez gratificante, que como dice la beata de Calcuta Madre Teresa en la oscuridad del alma se refleja la luz de Cristo y en la noche oscura surge la luz. Gracias a un hermano y compañero D. Juan Rubio pude de nuevo estar en contacto directo con las hermandades y cofradías, ya que al no tener mucha tarea pastoral en la parroquia nueva, me pidió hacerme cargo del grupo joven la de hermandad de la Esperanza de la que soy hermano y a la cual tuve el gran honor de retomar la Exaltación a la Esperanza en el año 2001.

Con ellos caminé como empezaba esta parte del pregón como cristiano cura o como diría S. Agustín “con vosotros hermano, para vosotros obispo”, me hicieron ver cómo se vive el ser creyente, el ser cristiano desde una cofradía a la que desde aquí agradezco sus desvelos

por ayudarme a ser mejor sacerdote entendiendo desde dentro a las hermandades y cofradías. Asumir sus virtudes y defectos. Y digo asumir como los santos Padres utilizaban este verbo cuando algunos herejes negaban la humanidad de Cristo. Decían “no se redime lo que no se asume” (Gregorio Nacianceno E.P. 101; PG 37, 181 s.) El Hijo, coeterno a Aquél que lo había engendrado y anterior a todos los siglos, asumió la humanidad para redimirla. Sin encarnación no hay redención. Si un cura mira por encima del hombro a los cofrades, no se abaja de su pedestal clerical, no se hace “débil con los débiles, cofrade con los cofrades, todo a todos”, como nos enseña San Pablo (1Cor 9,16-23), poco puede hacer como pastor en una hermandad.

Y llegué a Mancha Real, una manera distinta de ver y sentir la Semana Santa. En estos casi tres años de estancia entre vosotros sólo he podido vivir una Semana Santa en la calle, ya que en el 2007 por motivos meteorológicos no salió ninguna procesión a la calle. Y pocos argumentos tengo para proclamar y pregonar la Semana Mayor en nuestro pueblo. Si decir, que me impactó de manera gratificante el hacer estación de penitencia con nuestro grupo parroquial de el Preso como se le conoce o el Cristo de Medinaceli, aunque su título original de la futura hermandad, espero, sea del Cristo del Perdón y Señor de la Humildad. Al poder contemplar a un Cristo atado, humillado, silencioso, acompañándolo la noche del Jueves Santo rezando el Via Crucis me impactó. Por eso decía una manera distinta de sentir y vivirla.

Ese año 2008 me tiré a la calle, como vulgarmente se dice, a contemplar desde el silencio las distintas hermandades. No como mero espectador sino como alguien que desea descubrir la fe de unos cristianos que quieren darle culto a un Dios entregado por todos nosotros.

Tuve la gran suerte de estar la noche del Viernes Santo en la ermita de la Virgen de la Cabeza para ver salir al Cristo de la Piedad y unirse al desfile procesional de Nuestro Padre Jesús Nazareno y la Virgen de los Dolores, una experiencia de silencio, oración y estación de penitencia, desde aquí gracias a todas las hermandades y grupos parroquiales que posesionáis por nuestras calles y plazas, para llevarnos la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Dejadme que haga un pequeño paréntesis, ya de este año, mi comunidad, y yo con ella, sentimos este un gozo inmenso por poder tener con nosotros la imagen del Cristo de la Piedad. Cuando ese jueves 19 de febrero en un traslado sencillo pero profundo en oración, salía de su ermita para quedarse por sólo unos días en otra de sus casas, La Encarnación. Esos tres días que contemplando la cruz hacíamos ofrenda como incienso que sube a la presencia del Altísimo, un quererle acompañar en su dolor, en su cruz, en su dar la vida por cada uno de nosotros. Hasta el miércoles de ceniza que de nuevo regresaría a su otro Templo el de S. Juan Evangelista en su camino hacia la cruz. Iluminando nuestro pueblo a su paso por nuestras calles. Gracias por haber querido compartir con esta comunidad esos días llenos de unción.

Cinco hermandades y grupos parroquiales desfilan en nuestra Semana Santa; la Vera Cruz, el Cristo del Perdón y Señor de la Humildad, el Cristo de la Piedad, Nuestro Padre Jesús Nazareno y la Virgen de los Dolores, pero desde aquí quiero hoy levantar mi voz para que poco a poco se vaya agrandando esta familia y nuestro pueblo tenga una Semana Santa como merece. Y poder procesionar a un Jesús triunfante entrando en Jerusalén, o una Santa Cena o una Virgen de las Angustias que se que ya hay algunos proyectos por ahí y también una Esperanza mancharrealeña, para no tener nada que envidiar a la Macarena sevillana o trianera.

No debo dejar pasar la ocasión que con mucho esfuerzo y por el empeño de muchos cofrades este año hemos retomado la unión local de cofradías de Mancha Real para dar más dignidad a nuestra Semana Santa y a las procesiones de gloria. Con ilusión y entrega hacemos de nuevo este esfuerzo para que nuestras hermandades, cofradías y grupos parroquiales trabajen con esmero por anunciar el evangelio desde ahí. Una manera también válida de dar culto a Dios nuestro Señor ya que hay una espiritualidad cofrade.

## IV ESPIRITUALIDAD COFRADIERA

**E**l culto a las imágenes no excluye la vida sacramental o la escucha de la Palabra de Dios. Antes bien, las complementa. La imagen me ayuda a ponerle rostro al Jesús que comulgo o contemplo al escuchar el Evangelio.

Decía el Papa Juan Pablo II a los artistas que la Iglesia tiene necesidad del arte para transmitir el mensaje de Cristo. “En efecto, debe hacer perceptible, más aún, fascinante en lo posible, el mundo del espíritu, de lo invisible, de Dios. Debe por tanto acuñar en fórmulas significativas lo que en sí mismo es inefable” (Juan Pablo II, Carta a los artistas, Abril 1.999.) Por eso desde los orígenes del cristianismo se han representado los Misterios de la vida de nuestro Señor Jesucristo. Ha habido y hay un arte sacro. La Constitución Sacrosanctum Concilium sobre la Sagrada Liturgia recordó la histórica amistad de la Iglesia con el arte y, hablando más específicamente del arte sacro, « cumbre » del arte religioso, no dudó en considerar « noble ministerio » a la actividad de los artistas cuando sus obras son capaces de reflejar de algún modo la infinita belleza de Dios y de dirigir el pensamiento de los hombres hacia Él (Sacrosanctum Concilium n, 122). Así comenzaron las imágenes escultóricas o pictóricas con un fin claramente instructivo. San Gregorio Magno formuló magistralmente este principio pedagógico en una carta del 599 al Obispo de Marsella, Sereno: « La pintura se usa en las iglesias para que los analfabetos, al menos mirando a las paredes, puedan leer lo que no son capaces de descifrar en los códices » (Epistulae, IX, 209: CCL 140 4).

La imagen es un sacramental de la Iglesia; la Iglesia bendice la imagen para que tenga una fuerza expresiva en la gracia y la presencia que comunica. La imagen es recuerdo/memorial, lugar de encuentro de miradas y presencias, es posibilidad de contemplación, es estímulo para la imitación. Hay una relación entre palabra e imagen. Pero hay también dentro de la liturgia una relación entre Eucaristía e imagen. La imagen de cada fiesta representa lo que la Eucaristía nos ofrece. Así la imagen nos ayuda a mantener viva la gracia de la comunión eucarística que nos presenta el misterio.



La espiritualidad cofradiera es la espiritualidad de la estética. La experiencia estética es una forma de conocimiento y es vehículo de comunicación y también de experiencia espiritual.

En una conferencia que Benedicto XVI dio en 2002, entonces Cardenal Ratzinger advertía: “despreciar por ello o rechazar el impacto que la Belleza provoca en el corazón suscitando una correspondencia como verdadera forma de conocimiento, empobrece y hace más árida tanto la fe como la teología. Nosotros debemos volver a encontrar esta forma de conocimiento. Se trata de una exigencia apremiante para nuestro tiempo”.

Cuántas veces se ha dicho que nuestras procesiones son catequesis. En el Compendio del Catecismo se han colocado imágenes porque “son también predicación evangélica” dice en la introducción. Una catequesis muy diferente a la tradicional discursiva basada en la experiencia, para comunicar un mensaje y volver de nuevo al compromiso para la vida. Al hombre y la mujer del mundo de la imagen, que reciben tantas palabras, discursos, argumentos, ofertas... Podemos llegar maravillosamente con nuestras imágenes, con nuestras puestas en escena.

Para muchas personas que no tienen ocasión de orar, de comulgar, que andan alejadas de lo espiritual, se acercan a ver una procesión y se quedan tocadas, heridas interiormente. Sienten que dentro de ellas hay un deseo que nada ni nadie puede llenar. La catequesis no termina aquí, luego viene el reto de ayudarles a descubrir a ese Cristo vivo hoy. Pero bien merece la pena que salga a la calle nuestras hermandades y cofradías.

Hay quienes piensan que después de la Pasión de Mel Gibson, nuestras procesiones no deberían salir a la calle, consideran que es un insulto adornar tanto algo tan atroz como fue la Pasión. En el salmo 44 leemos “Eres el más bello de los hombres, en tus labios se derrama la gracia” y estas palabras se las aplicamos a Jesús, lo mismo que las del Cántico del Siervo del profeta Isaías “Sin figura, sin belleza, lo vimos sin aspecto atrayente con el rostro desfigurado por el dolor” tanto que dice el profeta “se vuelve la cara para no verlo” (Is 53, 2-3). Muchos no podían ver la película. El rostro de Jesús, que refleja la gloria de Dios (2Cor 4, 2-6) se ha dejado escupir, abofetear, coronar de espinas,

retorcer de dolor, para reflejar una belleza más profunda que la belleza externa, la belleza del amor que “llega hasta el extremo”(Jn 13,1), que se revela más fuerte que la mentira y la violencia.

La paradoja es una contraposición, no una contradicción. No hay contradicción entre belleza y sufrimiento. La Pasión de Jesucristo revela esta profunda verdad. Por eso no hay contradicción en portar un crucificado sobre un paso hermoso o enmarcar el dolor de la Santísima Virgen en un paso de Palio. Es la maravillosa paradoja de nuestra Semana Santa Barroca que sin negar el realismo exalta la belleza del sufrimiento redentor de Cristo. Esta paradoja está en todo: un costalero va sufriendo pero es capaz de hacerlo bello andando bien al paso de una buena marcha, los lirios y los claveles se van marchitando pero hacen bello el Gólgota o Getsemaní, la velas se van consumiendo pero alumbran la belleza de la Madre de Dios, el penitente o la mantilla sufre el recorrido de muchas horas pero alumbrando el camino y sus tinieblas interiores se disipan...

También a veces nosotros nos volvemos locos, y no precisamente por amor, sino por la vanidad y la ambición. Somos así, son nuestras miserias. Pero no nos conformemos. No caigamos en la tentación de la estética sin ética. La tentación de regalar para figurar, de ridiculizar la innovación que a mí no se me ha ocurrido, de armar broncas por las flores o la forma de arreglar una imagen, de preocuparnos sólo de que nuestros costaleros anden de escándalo, de buscar el aplauso fácil. Con estas actitudes desfiguramos la belleza auténtica, la que resplandece en el rostro lacerado de Cristo. No empañemos la belleza de la Pasión, la belleza paradójica y verdadera del amor de Cristo con nuestra soberbia adornada de donación.

## V CONTEMPLACIÓN DE LA PASIÓN

**C**omo último punto de este pregón os propongo que me acompañéis a contemplar la Pasión de Nuestro Señor desde dentro, ver, oír, palpar, sentir, sufrir, como lo hicieron aquellos cercanos al Maestro. Por mi trayectoria sacerdotal y desde que me ordené mi lema fue como el del apóstol Pedro “Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te quiero”. Este Apóstol ha sido como mirarme en un espejo, no en su labor y misión excepcional como Cabeza de la Primera Iglesia, sino como hombre rudo, de impulsos, cabezón, e incluso cobarde en momentos determinados de la vida con el Maestro. Vivid conmigo pues la Pasión según S. Pedro.

### La Pasión según san Pedro

Yo, el apóstol Pedro, reconozco que es cosa poco acostumbrada que un bienaventurado como yo, morador de la Casa del Padre, acuda a la llamada insistente del pregonero de este pregón para trasladar a su mente y a su voz los sentimientos vividos en mi existencia terrena, durante el Triduo Pascual de la primera Semana Santa. Como yo no soy evangelista, he cedido a su insistencia, a fin de que ustedes, los que escucháis a este pregonero, conociendo en directo mis disparates y el amor infinito de Jesús mi Maestro, se animen a seguir sus pasos evitando mis tropiezos. Le cedo, pues, mi palabra a este pobre cura que como yo ha vivido la experiencia de la terquedad y la negación de Nuestro Señor, para que utilice la primera persona, se entiende que por esta sola vez.

## I - PRELUDIO

- A mí siempre me sentó fatal eso de que mi Maestro tuviera que ser arrestado por unos forajidos, condenado por un tribunal infame, clavado y muerto en la cruz. Por mucho que Él repitiera lo de la resurrección al tercer día, yo no podía digerir semejante barbaridad. Y, como nunca tuve pelos en la lengua, así se lo solté a Jesús en una intervención inoportuna, como todas las mías. Andábamos por Cesarea cuando Jesús nos anunció con toda seriedad que tenía que subir a Jerusalén, donde los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos le harían sufrir mucho hasta matarlo, aunque resucitaría después. Yo le llamé aparte y le dije: «¡Lejos de Ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!» Él me cortó en seco y me dijo severamente: «¡Quítate de mí, Satanás, escándalo para mí! Tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres». Yo me callé avergonzado y dije para mí: Por más que lo intento, no doy una en el clavo. Y recordé cómo poco antes en la tormenta del Lago, yo, dándomelas de valiente, salí a su encuentro andando sobre las aguas y empecé a hundirme lleno de miedo. Viéndome así, me reconvino con cariño: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?»

## REGALOS DEL MAESTRO

- En cambio, yo no había dudado, y eso me conforta, cuando, a su pregunta de que quién creíamos los discípulos que era Jesús, salté enseguida, con una fuerza interior extraordinaria: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Fue entonces cuando me puso el nombre de Pedro, y afirmó que sobre esa piedra, tan ruin como yo soy, iba nada menos que a edificar su Iglesia, con todo lo demás que ustedes saben. Yo sí que me quedé como una piedra, confundido hasta los tuétanos, pero invadido también por un torrente de fe y de amor, que nunca, ni cuando lo negué tres veces, ha menguado lo más mínimo en mi persona.

Pienso en el regalo que Él me hizo cuando, con los hermanos Zebedeos, subimos al monte Tabor: nos inundó a los cuatro la gloria del Padre y se aparecieron Moisés y Elías. En medio de tanta grandeza, no tuve otra ocurrencia, deslumbrado y aturdido, que la de las tiendas de campaña. Marcos, que me conocía bien, diría luego en su evangelio que yo no estaba en mis cabales diciendo semejante cosa. Pero sí que oí la voz del Padre diciéndonos, más o menos, lo que yo había proclamado en Cesarea: que Jesús era su Hijo amado. Aquel preludeo de la resurrección de Jesús y de su gloria divina afianzó, en lo más hondo de mi ser, la fe inquebrantable en mi Maestro, como yo lo contaría más tarde en la segunda de mis cartas católicas a los cristianos de la Iglesia primitiva.

## II-DRAMA

- Desde entonces aproveché cualquier pretexto para demostrarle mi lealtad, aunque casi siempre pasándome de rosca, cuando no metiendo la pata. Esto se pondría especialmente de relieve en los días de su Pasión, en tres escenarios diferentes y sucesivos: el Cenáculo, el huerto de Getsemaní y la casa de Caifás. Yo no buscaba protagonismo de ninguna clase, pero confieso que, al comprobar que las cosas iban en serio, y que Jesús avanzaba hacia la muerte como un cordero al holocausto, me puse nerviosísimo y como fuera de mí, sin dar pie con bola. Así hay que entender mi reacción tozuda y casi histérica para impedir que Jesús me lavara los pies en la noche de la Cena. Tengo que confesar que aquello lo hacía yo desde mi pobreza y mi indignidad. Pero cuando me advirtió el Señor severamente que, si no me dejaba lavar, no tendría parte con Él, me pasé estúpidamente al extremo contrario, ofreciendo a la jofaina y a la toalla también mis pies y mi cabeza. Torpe de mí, que no me había enterado de su advertencia previa: «Lo que yo hago no lo entiendes ahora, lo entenderás más tarde». Algo de eso se vislumbró inmediatamente después, al decirnos Jesús que nosotros estábamos limpios, pero no del todo y tampoco todos.

- Luego, a lo largo de la Cena, fuí entendiendo yo de sobra que los misterios que estaban aconteciendo en el Cenáculo exigían de todos nosotros un alma inmaculada. Jesús habló luego de un traidor entre los presentes, y yo, entre la ansiedad y la imprudencia, le dije a Juan que le preguntara al Señor quién era el traidor, cosa que, como es sabido, aclaró Él mostrando a Judas, que comía en su mismo plato. Ante esto, aunque callé como un muerto, me quedé de una pieza, viendo que aquel sinvergüenza, que llevaba las cuentas del grupo, y luego supe que robaba, había vendido vilmente a mi Maestro. Jesús lo hizo salir de la sala, so pretexto de darle un encargo, pero sin descubrir las cartas todavía. Luego nos abrió su corazón para decirnos que su alma estaba triste hasta la muerte, y que aquella noche todos nosotros nos íbamos a escandalizar de Él, o sea, que íbamos a echar a correr abandonándolo.

## **MI ARROGANCIA**

- ¡Lo que me faltaba! Esto aumentó mi tensión hasta el máximo y me puso en el disparadero. Con la misma energía, arrogancia y amor que poco antes, en el lavatorio de los pies, le dije emocionado: «Señor, aunque todos se escandalicen de Ti, yo nunca me escandalizaré». Jesús contestó: «Yo te aseguro, Pedro, que esta misma noche, antes de que el gallo haya cantado dos veces, tú me habrás negado tres». Y yo, erre que erre: «Aunque tenga que morir contigo, yo nunca te negaré».

El Señor no me echó en cara esas fanfarronadas, tan sinceras como insensatas. Es más, como refiere el evangelio de Lucas, no retiró una palabra de lo que me había dicho un poco antes, y que yo agradecí confundido: «¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha recibido el poder de cribaros como trigo, pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos».

Yo quedé abrumado, derretido de amor y de humildad (y sólo después de Pentecostés calé el valor inmenso de esta oración de Jesús, garantía de la firmeza en la fe de todos los Pedros-piedras que me sucedieron en Roma).

-Terminada la Cena y la Eucaristía, cantamos el himno pascual. Jesús se irguió el primero en su diván y nos dijo: «Ea, vámonos». Salimos en un silencio espeso, bajamos al valle del Cedrón para ascender de nuevo, al son de nuestras pisadas, hasta el monte de los Olivos, llena el alma de presagios. La agonía del Señor en Getsemaní. Entré con mis compañeros sin Judas, y me prometí a mí mismo no piar ni hacerme notar lo más mínimo. Pero el Señor se apartó a orar, como a un tiro de piedra, y quiso que, como en el Tabor, le acompañáramos, a discreta distancia, Santiago, Juan y yo, con claros indicios de que necesitaba nuestra compañía. Con razón escribió Lucas, tan preciso siempre, que Jesús, para orar en su agonía, tuvo que arrancarse de nosotros.

## SU ORACIÓN Y MI SUEÑO

- Siento no poder reflejar aquí en directo aquella transcendental oración de Jesús, porque, como es sabido, me quedé dormido como un tronco, igual que los del Zebedeo. Fue terrible. El Señor, agotado hasta el extremo, se acercó a nosotros por tres veces, con intervalos de una hora. Se dirigió a mí, el primero, y me reconvino con mansedumbre: «¿No habéis podido velar una hora conmigo? Vigilad y orad, para que no caigáis en la tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es débil». Me quedé abrumado y abatido, viendo que a mi Señor le importaban más mis tentaciones y mi debilidad que su propia desolación. No andaba equivocado, como yo comprobaría pocas horas después. El Señor siguió orando, volvió dos veces más y nos dejó roncando sin decir palabra, porque, como puntualiza nuevamente Lucas, nuestros ojos estaban cargados. ¡Y tanto que lo estaban! Nadie sabe cómo fueron, al menos para mí, los días que transcurrieron entre las palmas del domingo y el prendimiento del jueves.

- Pues bien, o sea mal. ¡Ya lo teníamos allí! Vimos bajar las antorchas por la otra vertiente del Cedrón, y se acercaron con estrépito a nuestro olivar. Jesús se irguió confortado y descorrió el telón del drama: «Mirad que ha llegado la hora en que el Hijo del Hombre va a

ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vámonos, mirad que el que me va a entregar está cerca».

Me ahorro el saludo repugnante de Judas a Jesús. Pero otra vez, mal que me pese, tengo que hablar de mí mismo, porque esta vez mi amor ardiente al Maestro me hizo enfrentarme, bravucón, a los esbirros del Sanedrín con una de las dos espadas que había en el Cenáculo y que, contra su consejo, había guardado yo bajo mi manto, por lo que pudiera pasar. Y, del dicho al hecho, me abalancé contra uno de los asaltantes por nombre Malco, siervo del Sacerdote, y blandí torpemente la espada sobre su cabeza, sin más trofeo que el de una oreja sanguinolenta, que el Señor, con suprema delicadeza, devolvió milagrosamente a su sitio natural.

### III. DESENLACE

- Después, agitado mi corazón por las tensiones más dispares y desgarradoras, me las arreglé como pude para seguir en la oscuridad al grupo de valientes que arrastraban al Cordero inocente, acompañando a otro discípulo hasta el atrio del palacio de Caifás, que es como decir en la boca del lobo. Primero fue la portera, fisgona o cumplidora, no lo sé. Luego, ésta misma y otra de la servidumbre me persiguieron en otras estancias con la misma cantinela. Finalmente, logré escurrirme hasta la planta baja y me mezclé con guardianes y criados que pasaban la velada al amor de la lumbre. Si arriba me había delatado involuntariamente el discípulo acompañante, abajo me descubrió el deje de mi pronunciación galilea, que nos marcaba en cualquier sitio a los pescadores del Tiberiades. Y, para colmo, uno de los contertulios de la lumbre era amigo de aquel Malco, a quien corté la oreja en Getsemaní.

- Total, que yo, a lo bruto y sin andarme por las ramas, me negué siempre en redondo: «¡Nunca he conocido a ese hombre!» Y cuanto más me acorralaban, más juraba y perjuraba, con gruesas interjecciones, que jamás había conocido al Nazareno. En esas estábamos, cuando oí el canto del gallo, no sé si el primero o el



segundo, pero yo sí que había negado a mi Maestro más de tres o cinco veces. Naturalmente, aquel quiquiriquí hendió todo mi ser hasta los tuétanos y me sentí absolutamente desgraciado. Abandoné el grupo, con mirada errática, sin saber ni a qué ni a dónde dirigirme.

Fue entonces, Señor Jesús, cuando, al trasladarte a Ti a otra estancia, volviste hacia mí tu mirada con una hondura, estremecimiento, belleza y serenidad que ni siquiera desde la luz eterna que disfruto ahora alcanzo a describir para terceros. La mirada mía a tus ojos purísimos te lo dijo también todo y para siempre.

Por cobardía hui, te dejé sólo, no entendía en aquel momento que tu misión era esa, morir por mí y por mis hermanos. Pero desde la lejanía venía como te llevaban a la casa de Pilatos en la Torre Antonia y como al rato salías hacia la casa de Herodes y yo atrás, desde lejos te seguía cobardemente. Hasta que vi tu regreso de nuevo ante Pilatos. Y apareciste como el siervo sufriente que ya el profeta Isaías nos anunció. Despechado desecho de los hombres, varón de dolores, con el rostro desfigurado y aún hoy puedo sentir ese grito de Pilatos Ecce homo. En tus latigazos estaban también aquellos que por mi indiferencia yo propiné. En tu rostro desfigurado aparecía mi negativa a reconocerte como mi Salvador. Pero aún en tu mirada seguía existiendo la misma misericordia y ternura con la que tiempo atrás me decías al reconocerte como el Mesías esperado, no temas Pedro sobre ti edificaré mi Iglesia.

Y de repente un grito desgarrador de aquellos mismos que el domingo anterior te habían aclamado como el Bendito, el Hijo de David, diciendo ahora crucifícalo. Tapándome los oídos miraba al cielo pidiendo a Tu Padre que apartase ese cáliz de ti.

Cargado con la cruz y por los estrechos callejones iba siguiéndote el paso. Cómo me dolía verte caer con la cruz, y no una, sino tres, como las que te negué. Parecía que tus caídas serían mis levantadas al tropezar por la vida. Que Tú, caías por mi pecado. Vi como tu madre se acercaba para darte aliento, para sufrir contigo, para acompañarte en tu muerte.

Y al llegar al Gólgota te despojaron de lo poco que te quedaba de dignidad. Como a un malhechor se repartieron tus ropas y con el mayor de los desprendimientos al igual que viniste al mundo ibas a consumarlo. Tu cuerpo rasgado, sangrante colgaba de ese madero que cargaste. Y ahora recuerdo como mi hermano Pablo al tiempo le escribiera a los cristianos de Corinto que tu cruz fue escándalo para los judíos y necesidad para los griegos en cambio para nosotros gracia y sabiduría.

Otro grito no dejaba de resonar en mi mente, pero este fue distinto, aún en el dolor por tu pérdida recordaría después que gracias a ese **TODO ESTÁ CUMPLIDO**, hoy pueden oír estos hermanos que gracias a tu cruz ha llegado su salvación. Semanas más tarde, inmersos ya en el gozo de tu Resurrección, y en un amanecer mágico, místico, del Tiberiades, te pude ratificar mi amor hasta el martirio, sintiéndome ya, por tu predilección, el primer pastor universal de la santa Iglesia para apacentar a tus ovejas y corderos.

## **MEDITACIÓN**

- ¿Por qué un sujeto como yo, rudo y duro patrón de Galilea, desmesurado y fanfarrón, tosco y mal rematado en mis maneras, con un historial de errores y fracasos coronados por un delito de alta traición, por qué yo, Maestro y Señor, he sido depositario de unos dones tan altos? Mi caso, ya lo comprendes Tú y también los que esto oigan, no es el de María de Nazaret, llena de gracia, bendita entre las mujeres. Me acojo a la respuesta que diste a mi hermano Pablo de Tarso y que él transmitió a los corintios: «Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios... El que se gloríe, gloríese en el Señor».

Permítanme también, el Señor y los que oís a este pregonero, que añada yo un punto de mi propia cosecha, para explicar mi caso, como el de todos los profetas, pontífices, elevados por algún título a la cúspide religiosa social, incluidos los sacerdotes y líderes cristianos. A mí me parece que, en mi pobre persona, te cayeron bien la espontaneidad, el arranque, la veracidad en la entrega. Así como la deportividad en asumir los fracasos y la confianza filial, casi infantil, en tu Padre, que es el mío, y en Ti, mi Señor, amigo y salvador. Hoy puedo decir que tu entrega si tuvo, tiene y tendrá sentido. Que tu

resurrección ha hecho posible el inicio de esta tu Iglesia de la que me has erigido como su Pastor y a la cual doy las gracias por sentirme su voz. Voz que he ofrecido a este cura para que pregone tu salvación.

## EPÍLOGO

**H**e querido pregonar la Semana

Mayor acompañando cada instante de la Pasión desde la Sagrada Escritura, pasando por mis recuerdos, mi ser sacerdotal y una espiritualidad cofrade, hasta contemplarla con los ojos de Pedro. He querido poner voz a un pregón imperfecto pero lleno de ilusión, una voz que recibí como don. He querido acercaros a como un “pobre cura de pueblo” como diría el beato Juan XXIII, vive la Semana Santa, sin olvidarme que aquí no acaba la historia. Todo lo contrario aquí empieza, y empieza porque he querido cantar no al Cristo del madero sino al que anduvo en la mar. Y ese Cristo está y sigue vivo en cada uno de los que creemos en él. Por eso vivamos esta Semana Mayor con la certeza que el Salvador ha dado todo por nada.

Acabo con un himno que cada Semana Santa es mi meditación y contemplación. El himno a los filipenses que resume, de una forma mucho más bella y perfecta, el verdadero sentido de hacer vida la Semana Santa, del apóstol S. Pablo ya que estamos en el año dos mil de su nacimiento, año jubilar. Y termino como empecé haciendo algo que sólo se lo debo a Él, cantándole:

*Cristo, aunque era Dios,*

*se despojó y se hizo esclavo;*

*se entregó a la muerte en la Cruz.*

*Por eso Dios lo levantó*

*Y le concedió el Nombre sobre todo Nombre.*

*¡Al Nombre de Jesús toda rodilla se doble! .*

*Al Nombre de Jesús que toda lengua proclame :*

*¡Jesucristo es Señor ; (2)*

*¡Jesucristo es Señor ;*

He dicho. Gracias a todos.

ACABOSE DE ESCRIBIR ESTE PREGÓN  
DE LA SEMANA SANTA DE DOS MIL NUEVE,  
EN LA VILLA DE MANCHA REAL,  
EL DÍA 25 DE MARZO,  
SOLEMNIDAD DE LA ENCARNACIÓN DE NUESTRO  
SEÑOR.  
AÑO 2009.

LAUS DEO.